

ELVIRA NAVARRO: VAGAR, NARRAR Y REPENSAR LA CIUDAD EN CRISIS

Elvira Navarro: to wander, narrate and rethink city in crisis

Francisco Javier Gallego Dueñas

mua2001es@yahoo.es

Universidad de Cádiz

Resumen:

Las obras de Elvira Navarro pueden llevarnos a un mejor entendimiento de algunos conceptos de la sociología urbana. Sus novelas, en especial la última, *La trabajadora*, y su blog, *Periferias*, muestran cómo la gente funciona a través de las ciudades y cómo las ciudades pueden influir no sólo en sus vagabundeos, sino también en su vida mental. Sus prácticas, tan cercanas a las derivas sociológicas, y su definición de centro/periferia, así como sus consideraciones acerca de la identidad de las ciudades pueden ayudarnos a reconsiderar otros conceptos sociológicos como *flâneurs*, no-lugares, y otras herramientas del espacio-tiempo social (Pliegues, Tensores, Atractores Extraños).

Palabras clave: deriva sociológica / *flâneur* / sociología urbana / espacio-tiempo social / no-lugares

Abstract:

The works by Elvira Navarro can lead us to a better understanding of several concepts coming from urban sociology. Her novels, especially the last one, *La trabajadora*, and her blog site *Periferias*, depicts how people works around the cities and how cities could influence not only their wanderings but their mental lives. Her practices, pretty close to sociological derives, and her definition on downtown/inner cities versus suburbs, among her considerations regarding cities' identity would help us to reconsider other sociological concepts such as, *flâneurs*, non-places and other social time-space tools (Folds, Tensors, Estrange Attractors).

Keywords : sociological derives / *flâneur* / urban sociology / social time-space / non-places

Sevilla tiene dos partes,
Dos partes bien diferentes,
Una, la de los turistas,
Otra, donde vive la gente
Pata Negra, El rock del Cayetano

Elvira Navarro se está convirtiendo en una de las voces más originales y valiosas del panorama narrativo español. En su haber se cuentan una serie de relatos publicados en diferentes recopilatorios¹; cuatro novelas, *La ciudad en invierno* (2007), *La ciudad feliz* (2009), *La trabajadora* (2014) y *Los últimos días de Adelaida Morales* (2016) y la realización de un blog, *Periferia* (<http://madridesperiferia.blogspot.com.es/>) definido por la autora como un “diario ligero de una que se pasea por la periferia madrileña”. Este blog se complementó durante un corto tiempo con una colaboración en *El Mundo*, “Próxima estación: periferia”. A pesar de que esta joven escritora cuenta con una obra todavía escasa presenta un interés notable desde el punto de vista sociológico. A menudo se ha resaltado su habilidad para situar los condicionamientos socio-económicos en el corazón de los personajes como catalizadores de las crisis personales o la enfermedad mental. En nuestro caso vamos a fijar la atención en otro de los elementos narrativos básicos en su escritura, cómo aparece el espacio urbano en su trabajo. No en vano dos de sus novelas se denominan ciudad. Nos centraremos en el análisis de la ciudad que realiza en sus tres primeras novelas y en el blog.

Introducción

En la información de uno de los cursos de escritura en los que participa Elvira Navarro se hace la siguiente reflexión: “En narrativa los espacios no son meros lugares de tránsito ni decorados neutros, sino que están atravesados por las intenciones de quien narra. Es por ello que, en un texto, una ciudad jamás es la misma ciudad.” ([Fuentetaja](#), s/f).

La ciudad en invierno

Para comenzar, situaremos el argumento de sus trabajos. En *La ciudad en invierno* la trama se sitúa en una ciudad, Valencia, aunque no se especifique explícitamente y se divide en cuatro diferentes historias cortas cuyo protagonista principal es Clara. En una piscina, de pequeña; a los doce años en un juego peligroso, erótico y mortal; en una escapada que acaba presuntamente en una violación; y en *Amor*, se enamora de un chico. Precisamente en el penúltimo relato, *La ciudad*, Clara aparece en el hospital, visitada por médicos, psicólogos y policía. Dice que no se acordaba de nada.

“Pensó en la fascinación que desde hacía tiempo ejercían sobre ella los vagabundos, a los que muchas tardes iba a observar desde el pretil del puente, después de haberse dado su paseo por la ciudad vieja en lugar de asquearse.” (Navarro, 2008: 79-80)

El interés por el vagabundo es clave para la escritura de Elvira Navarro porque conjuga un elemento típicamente urbano (el mendigo) pero de carácter errante con el también errante carácter psicológico de los personajes. Clara, después de volver del colegio, cogió la bicicleta y:

“Pedaleó en línea recta, atravesando el barrio viejo, el río y los grandes bulevares, hasta llegar a la zona de edificios nuevos; unos edificios que no tenían más de cinco años, que se habían construido sobre las antiguas huertas. Cuando era pequeña e iba a jugar a casa de Vanesa lo único que había allí era una línea de casuchas. Atravesó seis o siete calles, y a continuación unos solares donde estaban construyendo más edificios, llenos de grúas y de hormigoneras hasta que al fin vio el camino de las huertas. Éstas no eran ya un paisaje verde y homogéneo.” (Navarro, 2008: 87)

¹ Algunos de los cuales están referenciados en: <http://elviranavarro.com/obras/obras-colectivas/>

El paisaje donde se adentra la protagonista es claramente resultado de la expansión inmobiliaria, y todavía no ha tenido tiempo de crear identidad, es un no-lugar (aunque no estrictamente en el sentido que le da Marc Augé, 1998), y es allí donde fue violada. En cambio, en el último relato, *Amor*, ese mismo escenario adquiere un sentido diferente:

“En lugar de entrar en el portal, sigue andando; luego se detiene un momento, vacilante y arrebolada, y continúa, reconociendo su propio goce, arrancando brevemente durante ese instante de duda, y unos minutos después, bajo la mirada espantosa de un hombre que hace amago de seguirla (...). Lo deja atrás y se zambulle en el barrio viejo. La ansiedad de llegar cuanto antes al límite de la ciudad le hace andar muy deprisa (...). Los transeúntes, en su mayoría apelotonados en las paradas de los tranvías que circulan por la periferia, la miran con el semblante aburrido. Clara atraviesa aquella zona desolada, y luego aminora bruscamente la marcha, dejando penetrar por su nariz la mezcla de olores de las huertas” (Navarro, 2008: 93-94)

El enamoramiento de Clara comenzó una tarde cuando se fijó en un chico joven y fue tras él. Clara esperó una hora en el portal donde el chico se había metido. A partir de ese momento el romance no consiste en hablarse, sino en esperar a verlo cuando llegue a clase, como si se espieran. Una tarde quedan para ir al cine. Pero en lugar de saludarse, Clara se echa a andar:

“Durante las primeras manzanas está segura de que el muchacho va detrás, y tiene un miedo atroz de que la alcance; de que todavía no haya comprendido y crea simplemente que se trata de una broma llevada demasiado lejos. El muchacho la sigue, al principio cree que, en efecto, aquello es una especie de juego, pero (...) desiste de darle alcance, y termina por mantenerse a una prudente distancia. (...) Clara sale del barrio viejo, atraviesa el río y los nuevos bulevares, y se encamina hacia la autopista. Cuando al fin se gira, él ya no está” (Navarro, 2008: 105-106)

Los itinerarios similares, por las mismas calles, por los mismos bulevares, pero con dos sentimientos, dos sentidos, dos desenlaces contrapuestos.

La ciudad feliz

La ciudad feliz tiene una estructura narrativa más simple en apariencia, son sólo dos historias que se entrecruzan, pero más ambiciosa en su desarrollo. *La ciudad feliz* es el nombre de un restaurante-asador de pollos chino que se encuentra en un barrio de Valencia. La autora sigue al protagonista, Chi-Huei, un joven que emigra desde China para reunirse con su familia en España y se va integrando en el paisaje urbano y social del barrio, incluida la amistad con Sara. La situación familiar del primero deja paso al relato, “La orilla”, en primera persona de Sara, que acaba fascinada por un vagabundo. La relación casi de amistad con él coincide con un vuelco en la personalidad de Sara -los primeros pasos de la pubertad- y su relación con sus padres, que ven impotentes cómo su hija se pone en peligro.

La ciudad feliz es, entre otras muchas cosas (como un relato de incomprensiones familiares) una novela de la desubicación. De la familia inmigrante, del vagabundo, la desubicación vital de los padres y de la misma Sara.

Podemos encontrar una serie de elementos espaciales que marcan el desarrollo de la acción de la novela. En primer lugar, está el restaurante-asador de la familia de Chi-Huei. Es un símbolo de la desubicación personal. Es un asador, negocio no habitual en la comunidad china, que se convierte en un restaurante sin dejar de ser un asador. Esa ambigüedad es la que también adolece la familia de Chi-Huei. Su padre, por ejemplo, pierde el habla como símbolo de su pérdida de poder. Como veremos específicamente en *La trabajadora*, la enfermedad mental agravada o provocada por la situación, la afasia en el caso del padre de Chi-Huei, y el trastorno límite de Elisa. Chi-Huei, por su parte, hace un viaje muy largo, pero apenas deambula por la ciudad. Se ha estancado alrededor del almacén.

“Después de que su hermano y él hubieran vagado por las calles durante la tarde, arrastrando un balón con el que sólo jugaban cuando aparecía alguno de los amigos de su hermano, chicos del barrio, pues a su hermano le aburría jugar al fútbol con él, y además preferían andar sin rumbo y gastarse el escaso dinero que su padre les daba en algún locutorio” (Navarro, 2009: 34)

El segundo elemento espacial es el que delimita el radio de acción de Sara en unas coordenadas de límites precisos. Es el lugar de seguridad, lo conocido, pero también lo aburrido. Traspasar los límites es el excitante punto de su historia.

“Desde que con cuatro años llego a la ciudad, gozo de una libertad insólita para una niña. Lo único que tiene límites es el espacio para mis juegos: cuatro chaflanes y la mitad de una manzana. (...) El ambiente no deja de ser un tanto extraño; está hecho sólo para niños, y los mayores, más allá del acuerdo tácito de vigilancia, no se mezclan entre sí.” (Navarro, 2009: 119)

Esta vigilancia organizada tácitamente coincide con las descripciones que Jane Jacobs (2011) hacía del Greenwich Village de Nueva York en los años 50.

“La tienda no está demasiado lejos, apenas siete portales más allá del mío, pero para mí ése es el límite del mundo. Fuera de ese límite tengo prohibido jugar, y todo lo más que hago es asomarme al otro lado, sin moverme de la línea imaginaria que un día mi padre me trazó con la punta del zapato, y que asumo, aunque con algunas licencias. Me tomo la libertad de concebirla como una goma muy elástica para así, cada vez que por descuido la traspaso, notar cómo me lleva hacia atrás desde la cintura. De esta manera puedo cruzarla un poquito de cuando en cuando evitándome los remordimientos.” (Navarro, 2009: 98)

Salirse de la distancia de seguridad es meterse en problemas (“la zona prohibida”), lo que la lleva a un embuste. Pierde el dinero que le dieron para comprarse un bolsito de juguete y dice a sus padres que alguien se lo había robado. Éstos llegan a poner la denuncia a la policía. Sara, sin embargo, se derrumba y confiesa que se lo ha inventado. Entonces los padres extreman la vigilancia. Toda esa libertad para salir, aun dentro de la zona segura, se acaba con el castigo. Y es fuera de ese recinto de seguridad donde conocerá al vagabundo: “Desde ese día, no son pocas las veces en las que deseo atravesar la zona prohibida para comprobar si el vagabundo está sentado en las escaleras de la iglesia, y si se produce en mí el mismo efecto” (Navarro, 2009: 103).

Las características urbanísticas del barrio y los alrededores identifican claramente las diferencias sociales y personales de los habitantes, así como el proceso de *gentrificación* del barrio.

“El Ayuntamiento ya ha empezado a limpiar el barrio viejo de chusma rehabilitando edificios. Procede de la misma manera que se limpia un pescado para su consumo, arrancando las partes no comestibles, como las raspas y la cola, y también las que, pudiéndose ingerir, dan asco: ojos, escamas. Ese asco que toca al miedo por un lado, y lo prohibido-desconocido-atractivo por otro, es seguramente el motivo de mi fascinación por la zona prohibida, a la que atribuyo posibilidades inimaginables, que tal vez se concentran de una forma no del todo explicable, a tenor del rechazo que también siento, en el vagabundo.” (Navarro, 2009: 125-126)

Las diferencias entre las dos zonas son patentes: “Mi barrio, situado entre el centro y el casco antiguo, es famoso por la multitud de pequeños comercios de segunda mano y de bazares que, con grandes carteles en los escaparates, publicitan todo tipo de cacharros electrónicos” (Navarro, 2009: 117). Mientras que

“El barrio viejo comienza justo a partir de las escaleras de la iglesia, y lo conforman más de un centenar de calles estrechas, de trazado sinuoso, y con edificios que no suelen tener más de cinco pisos de altura. Muchas fachadas comienzan a inclinarse, algunas están sujetas por enormes vigas de hierro que impiden su derrumbe, aunque la mayoría parecen abandonadas, como si a nadie, ni siquiera a los habitantes del edificio (...). Aquí y allá se abren grandes solares rebosantes de escombros.” (Navarro, 2003: 133)

Lo que pretende Elvira Navarro es contribuir a la descripción de los personajes a través de las características de su entorno urbano. En realidad, es tanto la zona prohibida, como el vagabundo (también los gitanos en *La trabajadora*). Se obsesiona con que el vagabundo la sigue y llega “el vagabundo sustituye las apariciones por sorpresa por una suerte de citas ineludibles” (Navarro, 2009: 115).

En *La ciudad feliz*, también aparece desdoblado el paisaje entre lo real edificado y vivido con la información de Internet que Sara saca sobre los mendigos.

“Hago un recuadro con los horarios de los centros de día, y lo guardo junto a un mapa de la ciudad en DIN-A3, que doblo cuidadosamente para que no se salga de los bordes de la libreta. Sobre este mapa trazo en rojo varias rutas, inventándomelas a partir de los datos que recojo en las páginas webs de ONGs, donde se recogen las actividades de los voluntarios, como la de repartir sopa durante las noches de invierno. La línea roja de mi mapa recorre caprichosamente San Luis, La Punta y los Poblados Marítimos; apunto cifras.” (Navarro, 2009: 135-136)

El último lugar básico es el solar. El solar, en las novelas de Elvira Navarro, tiene una importancia simbólica importante. Siguiendo una cita de Viçenç Pagés en la novela *Los jugadores de whist*, los solares son una etapa del proceso de urbanización, “en la que un terreno baldío acaba siendo parcialmente cercado por edificios e invadido por trastos, ladrillos y escombros”. Cada vez que se edifica un solar, la ciudad pierde “un espacio abierto, un laboratorio, una excepción”². El solar equivale a la demencia, siempre presente, siempre al lado, como un peligro. El solar es el peligro de lo que está a punto de pasar, a punto de urbanizarse (*Periferia*), a punto de la crisis personal (*La trabajadora*), de la violación (*La ciudad en invierno*).

La trabajadora

Su última novela, *La trabajadora*, también se divide en dos partes. En la primera parte se hace un relato, algo sórdido, de la historia que Susana cuenta a Elisa. Después comienza la segunda parte. En ésta, Elisa en primera persona relata cómo su situación económica había empeorado, había sido despedida de una editorial, para trabajar para ella como colaboradora externa. Estas son las circunstancias que hacen detonar una serie de crisis de ansiedad.

La precariedad laboral y la precariedad afectiva y mental se entrelazan. No sólo se trata de cómo el empeoramiento de las condiciones laborales provoca el estallido de una enfermedad, sino que la sensación es más profunda, una sociedad enferma de crisis tiene un correlato con la crisis mental de las protagonistas. Dos mujeres, Susana y Elisa, con problemas de salud mental. Mientras que la primera articula su vida y su identidad a partir de su “patología”, a la trabajadora, le asalta la crisis de ansiedad a partir de la presión en el trabajo, cada vez más degradado (de plantilla a ser una *free lance* externalizada, y cada vez más saturada y peor pagada, con más prisas y menos reconocimiento). La protagonista intenta vanamente alcanzar la normalidad. Como bien aclara Fernando Broncano (2014), no se trata de un panfleto sobre esquizofrenia y capitalismo. La enfermedad mental no es una rebelión contra el sistema (*pace* Deleuze), pero tampoco la medicación estandarizada es capaz de abordar el problema. El sistema productivo incide, provoca en gran medida estos trastornos y sólo requiere al sistema de salud la pronta reincorporación a su puesto.

Continúa Broncano, el tono “conecta con pericia la desolación de la ciudad (bueno, no la ciudad en general sino del Madrid de los barrios del sur) con la desolación de una vida extrañada de sí”. Este es el hilo que pretendemos desarrollar en este artículo. La ciudad para Elvira Navarro no es sólo un escenario y no tiene, des-

² Navarro, Elvira *Periferia [blog]* en [“Heridas abiertas. Sobre conejos, SEPES, el antiguo Parque de Ingenieros y la Asamblea de Villaverde / 15 M”](#), 31 de octubre de 2011.

de luego, el socorrido papel de “un personaje más”. Los personajes habitan, practican la ciudad, la recorren, la viven, la perciben, la dotan de sentido.

En el relato de Susana aparecen una serie de lugares sobre los que se despliega la acción. Su piso está en Plaza Mayor, una buhardilla sin tabiques frente a la plaza de San Ginés: “No veía árboles pelados, pero me llegaba su soledad desde los parques” (Navarro, 2014: 38). Además de su piso está la cafetería, un Bar de Huertas, donde tiene sus citas. Más tarde se habrá transformado y en el relato de Elisa es el lugar para las exposiciones de recortes que realiza Susana. Los paseos de ésta última se realizan por los Jardines de Sabatini, Arenal, Opera, Palacio Real, paseo de Extremadura hasta Carabanchel, Somosaguas. Cuando vuelve a citarse, el 1º día se aleja. Puente del Viaducto, Calle Segura (Navarro, 2014: 40). En la segunda parte sabemos que Susana viene de Utrecht³.

Susana será la compañera de piso de Elisa, quien no es capaz de poner límites a la ocupación del espacio de la casa. Además de realizar llamadas por *Skype* a su novio en Holanda, Susana se dedica a hacer recortes de pequeños elementos para ir formando mapas de la ciudad:

“Recortaba inmuebles que no eran más grandes que la mitad de la uña de mi dedo pulgar, y también, y eso me pareció una clase de locura, coches del tamaño de pulgas, cuyas formas, fuera de las carreteras minúsculas del mapa, quedaban reducidas a pizcos de colores (...). Luego metía las figuras en sobres que rezaban: «Árboles», «Jardines», «Edificios altos», «Edificios bajos».” (Navarro, 2014: 79-80)

Y, cuando los termina:

“- No sé si sería capaz de reconocer Madrid a simple vista.

“- Yo tampoco. Por eso hice unos cuantos mapas solo de barrios. A ver si adivinas cuáles son.

“(...) No identifiqué ningún barrio, aunque era evidente cuáles podían ser céntricos y cuáles estaban fuera de la M-30. Estos últimos, además, me recordaron a mis paseos, no porque yo tuviera una imagen clara de la ciudad, sino por el caos.” (Navarro, 2014: 120-121)

Los mapas que confecciona Susana son el reflejo de lo que Elvira Navarro define como Periferia, los barrios sin identidad, lo que no sale en los mapas de *El Corte Inglés*.

Después montarán una exposición en un café. Después de la inauguración de la exposición, Elisa le ve sentido:

“Todo era como siempre, si bien lo que se desplegaba ante mí no parecía la ciudad que veía a diario, sino los planos de Susana, que creí habitados de manera subrepticia, y que ahora que la ciudad se descubría como otra cobrada sentido” (Navarro, 2014: 131-132)

Elisa por su parte trabaja como *free lance* en una editorial corrigiendo textos. Y eso le había hecho cambiar su apartamento en Tirso de Molina por otro en Aluche. Uno de los inconvenientes de la ubicación era que “tenía que ir hasta la Quinta de los Molinos, dos transbordos mediante y una breve espera en avenida de América” (Navarro, 2014: 45). El piso de Aluche representa el máximo disponible para pagar.

La editorial está en el centro, como es lógico, pero parece claro que también es simbólico (Navarro, 2014: 65). Los síntomas de los trastornos mentales de Elisa empiezan espacialmente. Durante los paseos siente extrañas sensaciones:

³ “Había nacido en Madrid, se había criado en Chamberí y siete años atrás se fue a vivir a Utrecht con su novio holandés, al que había conocido en la Facultad de Educación de la Complutense. Él había hecho allí su Erasmus” (Navarro, 2014: 52).

“Al llegar a Cibeles y a la Gran Vía tuve la impresión de que había menos estatuas coronando las fachadas. No habría sido capaz de precisar qué estatuas faltaban. Pensé que la nerviosidad que arrastraba desde hacía meses me llevaba a percibir de forma anómala.” (Navarro, 2014: 65)

Un primer lugar tiene lo que ella llama el episodio de “los del camión” (Navarro, 2014: 57) en el que un grupo de niños gitanos que recogían cartones le lanzan objetos desde el camión. Luego comenzarán los ataques de pánico (Navarro, 2014: 65), en la antigua cárcel (Navarro, 2014: 79-83), y otros en los que, como dice la protagonista, “volví a romperme” (Navarro, 2014: 87). Vuelve a pasear cuando se tranquiliza (Navarro, 2014: 116). En la cárcel, de nuevo, un ataque de ansiedad (Navarro, 2014:133). El trastorno mental es causado por la crisis, pero se dispara por el paisaje:

“Seguí acudiendo a la antigua cárcel, que se había convertido en un bosque de escombros (...). Me limitaba a dar rodeos. El miedo no me encontraba (...). Antes de que echaran abajo la cárcel constaté la ocupación de algunas celdas (...). Habían puesto un guardia de seguridad para que el panóptico no se convirtiera en una villa de rumanos, pero por la noche se hacía la vista gorda con algunos vagabundos solitarios. En las celdas ocupadas encontré pertenencias de sus moradores nocturnos, sacadas de algún cubo de basura (...). Yo iba por aquel entonces a la cárcel con una amiga que grababa el silencio en el centro del penal.” (Navarro, 70-71)

El paisaje desencadena la paranoia.

“Vagué un rato distraída por la colonia, en verdad inmensa, mirando las luces de las ventanas, que se proyectaban sobre el suelo de arena; a partir de cierto momento me sentí vigilada no desde los pisos de los que salía luz, sino desde los que permanecían en penumbra (...). Eché de nuevo a correr” (Navarro, 2014: 79)

Los paseos de Elisa no sólo son motivados por el trabajo, son auténticas derivas:

“Me limitaba a concentrarme en mi respiración, siguiendo la misma lógica que un año atrás me había llevado a atravesar la M-30 y a deambular por Carabanchel y por Usera. Durante un mes estuve llegando a Eugenia de Montijo, a un parque desde el que podía observar cómo echaban abajo la antigua cárcel, ante cuyas piedras me quedaba un buen rato, pues aquella desolación me resultaba consoladora. Luego volvía en metro a mi casa, o andando. Cuando se acentuó mi necesidad de huida, empecé a subirme a autobuses. No iba muy lejos, entre otras cosas porque el servicio normal terminaba a las once y media, sin embargo, era suficiente para empezar a componer una especie de itinerario mental que funcionaba como una evasión muy efectiva. La Colonia San Ignacio de Loyola, General Fanjul, Carpetana, plaza elíptica, algunos tramos de avenidas vacías que me dejaban una agradable sensación de estar en otra parte, Leganés a lo lejos cuando me decidía a ir al sur para observar las colinas y el tráfico siempre histérico de la carretera.” (Navarro, 2014: 47-48)

A través de los ojos de Elisa podemos acercarnos a la crisis de la ciudad:

“A pesar del fraude de las cooperativas, de las calles céntricas cuyos edificios estaban vacíos de las urbanizaciones a medio construir, hasta hacía muy poco no había habido protestas. Los afectados esperaban educadamente a que llegar el juicio mientras vivían en casa de sus padres o de sus abuelas, y los que alicataban con sus propias manos las paredes del baño de la casa que se acababan de comprar posaban con resignación para los telediaros.” (Navarro, 2014: 78)

La crisis de la ciudad y la crisis de la persona están parejas:

“Pocos días después, en la calle, tuve una suerte de pálpito, un presentimiento desbocado, un desbarajuste absoluto de mi sistema nervioso. Me fijé en que habían cerrado la tienda donde hacía un año encargué una bicicleta estática. Los negocios clausurados, pensé, eran detalles mínimos de un organismo cuyo corazón aún latía a pleno rendimiento, y no debía alarmarme. (...) Durante algunos segundos aquellos viejos se tornaron monstruos que me miraron con sonrisas marrulleras. Tardé en formularme esta percepción de manera adecuada, en reconocer que eran visiones. Notaba los latidos del corazón en mis orejas. Tuve también este

pensamiento: alguien o algo, me advertía. Me mantuve un tiempo más al borde del desmoronamiento. El autobús se alejó de los parásitos.” (Navarro, 2014: 83-84)

Y en otra ocasión:

“Cuando me interné por una de esas calles de nuevo vi que de algunos balcones salían cables que robaban la luz. No eran muchos, desde luego, lo que no impidió que retornara la agobiante, por inverosímil, idea de que había movimientos de carácter subterráneo capaces de modificar el escenario mental que yo tenía de la ciudad, y también el que leía en los periódicos o veía en la televisión y en Internet. Se trataba de una idea difusa, o más bien de una simple y desvaída intuición que me inquietaba.” (Navarro, 2014: 117-118)

Los paseos urbanos son una forma de cura para Elisa.

“En una de mis carreras nocturnas me di cuenta de la cantidad de casas allanadas que había en el barrio. Subí por Peñaflor y Hoyo y arribé a una zona que, a pesar de mis vueltas, no frecuentaba, pues las calles eran empinadas, no se llegaba rápido a ningún horizonte y yo buscaba las vistas y los remansos. Pero ese día necesitaba cansarme; llevaba dos días sumergida en una bibliografía mal documentada y difícil de verificar” (Navarro, 2014: 76)

Y más adelante marcan la normalidad psíquica de la protagonista:

“Había empezado a retomar mis paseos nocturnos gracias al orden de mis horarios y al control, o algo similar, de mi miedo. Caminaba chutada por los recaptadores de la serotonina y la noradrenalina (...). Las drogas me convenían para mis paseos. No quería volver a los lugares que más había frecuentado durante el invierno y la primavera, y que ahora me recordaban al monstruo. Abandoné Eugenia de Montijo y el solar donde había estado la cárcel, y en general Carabanchel, y comencé a recorrer Usera. Tenía que tomar un autobús, pero no me importaba. Luego regresaba en el cercanías desde el Doce de Octubre, lo que me obligaba a acotar bien mis caminatas. A las 23.47 salía el último tren, y a las 00.04 estaba en la estación de Aluche; tanta puntualidad en lo que antes era un caos me permitía recrearme de nuevo, como si los horarios de los trenes se acoplaran a mi voluntad, en la impresión de dominio.” (Navarro, 2014: 116-117)

Esta correlación entre la ciudad y el individuo es buscada conscientemente por la autora, según confiesa en el blog *Periferia*:

“Junto a mí la tentación de encontrar correlaciones entre el estado mental y el lugar donde acabas no por decisión propia (ahí no habría oscuridades), sino porque te toca. Puedo jugar a esa hipótesis que permitiría, llevada al extremo, negar los nombres, llamar al solar corazón y a la gasolinera armatoste de frío.”⁴

En la novela *La trabajadora* conviven el espacio real de la calle y el espacio virtual de internet y las redes sociales. A través del espacio digital Elisa se pone en contacto con la editorial, consulta los datos, Susana habla con su ex... Otro espacio virtual es el que despliega Susana en sus mapas hechos con recortes (Navarro, 2014: 132). Sin embargo, ambos aparecen como fantasmagóricos. También hay un espacio evocado a través la corrección de un manuscrito que Elisa tiene que hacer. De ahí salen los recuerdos de la viuda de un escritor de posguerra (Navarro, 2014: 103). Se evocan a través de los cuadros de Ortega Muñoz. De una manera similar a las menciones a los cuadros de Antonio López (Navarro, 2014: 78) y a la película *La torre de los 7 jorobados* (Navarro, 2014:133-135). Se evocan también a través de los recuerdos.

Los paisajes en la novela son paisajes vivos: la cárcel abandonada, los barrios con las pandillas. Supera la tentación de poner los personajes como parte de los edificios. El espacio es utilizado por Elvira Navarro incluso para describir certeramente a los personajes: Carmentxu, la encargada de la editorial *Término*, “vestía ropa

⁴ Navarro, Elvira: *Periferia “San Sebastián de los Reyes”*, 22 de junio de 2013

de Serrano y Velázquez, prendas de diseñadores para equilibrar con el buen gusto, y veces con cierta ostentación que nunca era chusca” (Navarro, 2014: 111).

La trabajadora es una novela sobre una ciudad en crisis y una crisis en la ciudad.

Periferia

Paralelamente y entretelado con las novelas, está el blog *Periferia*. En éste, las entradas son auténticas derivas urbanas sobre los barrios periféricos de Madrid –aunque en una ocasión hable de la periferia de Sevilla-. Se presenta como un recorrido con un alto contenido sentimental y biográfico. En las primeras entradas Elvira Navarro se cuestiona objetivos, métodos, conceptos y diseño. La metodología es muy similar a la deriva situacionista. Aunque dice sentirse como “españoles por el mundo”⁵, su intención no es hacer turismo, no hacer espectáculo de la miseria. “Que conste que no es mi intención asomarme a colectivos marginales, porque creo que no se debe hacer turismo con ellos. Voy a limitarme a caminar por espacios en los que yo podría vivir, en los que de hecho he vivido”⁶.

Cuando se le pregunta a la autora sobre si su escritura es social, Elvira Navarro distingue *lo social* como denuncia, y *lo social* como realidad ontológica. En el primer sentido, “me doy cuenta de que en mi elección no prima lo social”⁷:

“Yo respondo que no lo es si por social entendemos un espacio donde se da preeminencia a las necesidades concretas de los que habitan en un entorno. Es decir: que no me voy a un barrio porque me hayan avisado de la existencia de grietas en viviendas de protección oficial recién construidas. Puede que hable de esas grietas, pero el objeto de esta bitácora no es la denuncia, ni ir siempre a lugares problemáticos para señalar fallas. Quiero darme la libertad de hablar de lo que los lugares me sugieran, con o sin lo social. Sin embargo, y en un sentido amplio del término, ¿qué no es social? ¿Qué no hace uno (una) que no refiera y, por tanto, competa al resto?”⁸

Sin embargo, a Elvira Navarro se la ha catalogado como novelista social (Mora, 2014):

“*La trabajadora* es una novela que repiensa el realismo para subvertirlo, para expandir sus posibilidades expresivas, para llevarlas a un extremo. Entremezclando, con maestría, la historia íntima de dos personajes femeninos en la mediana edad, y los cambios urbanos, sociales y económicos de Madrid, termina siendo una poderosa reflexión sobre qué significa narrar en la crisis.” (Tabarovsky, 2014)

Los barrios son descritos según el avance de la deriva. “La verdad es que cuando voy a visitar barrios nunca miro la Wikipedia, y cuando escribo sobre ellos tampoco. Pero hoy sí. Sobre Usera”⁹. Elvira Navarro está poco interesada en realizar una historia académica sobre ellos.

“El deseo de un saber «objetivo» (normalmente, para escribir, me bastan las impresiones). Tengo vagas nociones de cuándo se levantaron los barrios y de lo que fue el desarrollismo. Supongo que no debe de ser

⁵ Navarro, Elvira: *Periferia*: “[3º Día. Sobre la inminente extinción + Urban](#)”, 13 de abril de 2010

⁶ *Ibid.*, “[Inciso 1](#)”, 10 de marzo de 2010

⁷ *Ibid.*, “[Inciso 2](#)”, 21 de marzo de 2010

⁸ *Ibid.*, “[Parque Miraflores](#)”, 18 de julio de 2011

⁹ *Ibid.*, “[Me voy a Usera](#)”, 28 de septiembre de 2011

complicado armar la historia del cinturón, trazar un mapa humano y de arquitectura. Habrá libros, tesis y artículos sobre ello”¹⁰

Se habla a vuelapluma de las historias de la urbanización, de la recalificación, desde el punto de vista de los habitantes. Suele llevar una pequeña libreta para notas, y de vez en cuando, fotos. Además del urbanismo y las gentes hay apuntes sobre arqueología urbana (objetos encontrados en *Periferia: Barrios, cosas*¹¹). Hay reflexiones poéticas como la entrada “Pérdidas”¹². Pero, sobre todo, hay una mirada crítica a la evolución de los barrios:

“Los límites de algunos barrios son como costurones. Un costurón según el Diccionario de la Real Academia es una costura grosera, y también una cicatriz o señal muy visible de una herida o llaga. Cuanto más alejadas del centro, más pronunciadas suelen ser las suturas. Las zonas por las que la ciudad crece permiten la creatio ex nihilo desde el punto de vista de la continuidad: no se atienden a identidades, porque quizás carece de sentido que se tenga en cuenta el carácter de la ciudad. Eso entre otras cosas más interesadas y menos interesantes. Los costurones evidencian el paso del tiempo en el estilo y los materiales de los edificios. También las diferencias sociales y los fracasos. No es raro que allí donde moran los más ricos vivan también los más pobres: ocurre por ejemplo en Alcobendas, donde está La Moraleja. En España, Alcobendas es la localidad de más de 50.000 habitantes con mayor desigualdad económica.”¹³

Para acompañar los paseos, aparecen observadores e informantes, personas del barrio¹⁴, amigos (K, A), periodistas (Teresa Amor), sociólogos (Rosario Izquierdo), arquitectos (Ester, Pedro Marcos del *SEPES*), blogueros (Enrique F. Rojo, aka *Urban Idade*) y representantes de los barrios. Los más importantes son K, A, que la acompaña; Teresa Amor, periodista o en Caño Roto. Las preguntas durante las expediciones suscitan suspicacias: “Nos preguntan todo el rato. ¿Sois periodistas o policías?”¹⁵

Conceptos básicos: periferia, no-lugar, flâneur, deriva...

El interés del trabajo de Elvira Navarro estriba, además de su calidad literaria, en la utilización de conceptos y usos propios de las ciencias sociales, muy cercanos a la psicogeografía, las geografías posmodernas y de la percepción, a los conceptos del Espacio-Tiempo Social (Castro Nogueira, 1997): la división entre centro y periferia; la descripción de los barrios y la ciudad no sólo a través del urbanismo, sino especialmente por las prácticas y las sensaciones emotivas; una perspectiva comprometida –que no panfletaria– que conecta lo social (en sentido amplio) con lo personal, el paisaje con la persona; la descripción de verdaderas derivas en el sentido situacionista o la referencia a los pliegues espacio-temporales son algunos valiosos ejemplos que nos ayudan a entender más allá de los conflictos de los personajes, a entender la ciudad contemporánea y la investigación urbana.

“Conforme me acerco aumenta mi impresión de haberme topado con uno de esos pliegues temporales de los que hablan Deleuze y Guattari en *Crítica y clínica* (creo que es ahí) a propósito de la magdalena de Proust.

¹⁰ *Ibíd.*, “[Primer día](#)”, 7 de marzo de 2010

¹¹ *Ibíd.*, “[Barrios, cosas](#)”, 25 de mayo de 2013

¹² *Ibíd.*, “[Pérdidas](#)”, 5 de enero de 2013

¹³ Navarro, Elvira: [Próxima estación: periferia: “Isla de Oza. La calle donde todo es posible”](#), 20 de mayo de 2015

¹⁴ En la descripción de Fuencarral: “La única fuente de la que ha oído hablar es un parque al que se le conoce como Fuente Piejo o Fuente Piojo (no lo dudo sólo yo al escribirlo, la chica también al pronunciarlo)”. *Ibíd.*, “[Segundo día](#)” 14 de marzo de 2010

¹⁵ Navarro, Elvira: Periferia: “[Usera](#)”, 28 de septiembre de 2011

Hay cinco niveles de paisaje conviviendo no sé si fraternalmente: las chimeneas, unos edificios modernos en un flanco, unas casitas que supongo más antiguas que la colonia derruida en mitad del barrizal, jardines y veredas por aquí y por allí, superpuestos y sin función alguna (aunque la tendrá); y tres o cuatro inmuebles de lo que era la colonia.”¹⁶

Elvira Navarro se retrata ella misma en una “miniconferencia” sobre la relación entre el espacio urbano y la escritura. La característica más llamativa de su prosa es cómo desarrolla la ficción en el espacio urbano, sobre la que ella misma especula, “hipótesis sobre el papel que la ciudad está generando en mi obra, y que como hipótesis pueden e incluso, en la medida en que concibo la escritura como descubrimiento y no como tesis, deben resultar falsas”¹⁷

Para poderse explicar, se organiza en torno a tres conceptos clave sobre los que gravitan su narrativa: centro-periferia, la “ciudad como polis” y la “ciudad como generadora de identidad”. A éstos conectaremos la dicotomía campo/ciudad, los no-lugares, los conceptos del espacio-tiempo social, las derivas, *flanear*...

Centro-periferia: no-lugares

Aunque el punto de partida para los científicos sociales suele ser es la diferencia entre el campo y la ciudad, el concepto clave para Elvira Navarro es la dicotomía entre centro y periferia. Sobre la diferencia entre lo rural y lo urbano, coincide con Antonio López en que lo que le inspira no es el centro de Madrid, sino la parte de la ciudad que toca con el “campo”¹⁸. Nuestra autora se cuestiona acerca de una demasiada pronta identificación del campo con un pasado histórico: “De nuevo, idealización del pasado. Me digo: aquí si había espacio/sensación de libertad- me refiero al campo, a salir y pisar tierra, pero igual ellos salían y pisaban mierda”¹⁹. Si para los situacionistas, el campo no tenía interés para las derivas (“El vagar en campo raso es deprimente, evidentemente, y las interrupciones del azar son más pobres que nunca” Debord, 1999), nuestra autora muestra cómo el límite de la ciudad y el campo también se muestra difuso.

“Cierto que a partir de aquí muchas calles son pueblo: casas bajas, silencio, alguna que otra silla junto a la puerta porque el sol pica, tendederos de los que podríamos llevarnos un arrugado botín de batas floreadas y medias.”²⁰

El otro mito de la ciudad, aquel que lo dibuja como una selva donde el ser humano se pierde, frente al pueblo, es también cuestionado por Elisa, protagonista de *La trabajadora*. En el campo también se pierde uno. Elisa recuerda una boda en Manzanares y perderse buscando el hotel a pesar de las instrucciones dadas por una tendera de comercio (Navarro, 2014: 146).

Para la dicotomía entre el centro y la periferia, Elvira Navarro propone una definición de ambos que pone el acento en la identidad:

“Llamo centro a todo lo que es constitutivo de la identidad de una ciudad, y no sólo al espacio denominado como tal en los mapas. Habitualmente dicho espacio y la identidad de la urbe coinciden, hasta el punto en

¹⁶ *Ibíd.*, “[La casa del fin del mundo](#)”, 23 de enero 2011

¹⁷ *Ibíd.*, “[\(Mi\) Escritura y ciudad](#)”, 20 de noviembre de 2010

¹⁸ *Ibíd.*, “[Inciso 3](#)”, 5 de abril de 2010

¹⁹ *Ibíd.*, “[Inciso 2](#)”, 21 de marzo de 2010

²⁰ *Ibíd.*, “[Segundo día](#)”, 14 de marzo de 2010

que a veces ésta queda reducida al típico mapa del centro que los hoteles ofrecen a sus clientes por cortesía de El Corte Inglés.”²¹

Esta sería la identidad reconocida, oficial, turística, típica de la ciudad. Es además una definición operativa, no exenta, sin embargo, de matizaciones y contraejemplos:

“En ciudades como Valencia el casco viejo era intransitable, y la gente de bien no quería saber nada de la gentuza que vivía allí ni de sus edificios decrépitos. El supuesto centro era pura periferia; el ciudadano burgués, que tenía el poder de definir qué era y qué no era la ciudad, ni lo pisaba ni lo mentaba, y aquellas calles viejas y sin plan para rehabilitarlas se fueron convirtiendo en cloacas. Si me atengo a mi definición de centro, la Albufera, incluida en todos los recorridos turísticos de un día (la Albufera está a unos 10 kilómetros al sur de Valencia), era en aquellos años más céntrica que la *ciutat vella*.”²²

Lo que interesa a Elvira Navarro es precisamente huir de ese centro, de esa identidad prefabricada: “Estoy harta de los lugares emblemáticos. De Central Park, del Rastro, de la Rive Gauche y de Trafalgar Square. Entramos aquí y los discursos ya están hechos”²³:

“Cuando observo imágenes de, por ejemplo, la *rive gauche*, Manhattan o la Gran Vía, no puedo dejar de ver la postal. Se trata de lugares profusamente contados que encarnan nuestros actuales mitos, es decir, de los que cuelgan narraciones que nos identifican. En esa medida, están sobreinterpretados (...) yo no puedo instalarme en este tipo de escenarios; me pesa demasiado su carga significativa, y prefiero irme a lugares indefinidos, de trazo abierto.”²⁴

Definido en estos términos, si el centro se compone de esos lugares que son “postales”, están “sobreinterpretados” entrarían en el concepto de no-lugar de Marc Augé (Augé, 1998). El antropólogo sostiene que los no-lugares *saturan* de significados impuestos impidiendo cualquier tipo de apropiación personal y subjetiva del espacio. La sobreinterpretación es un rasgo básico para el no-lugar, un paisaje superpoblado de mensajes que nos atraviesan pero que no sentimos como propios, son identidades que se nos imponen. Eso es lo que Elvira Navarro define como el centro, por eso dice sentirse cómoda en los lugares menos definidos oficialmente, en la periferia.

Ahora bien, si periferia es: “lo que no sale en los mapas de El Corte Inglés”, la reflexión sobre la identidad del barrio adquiere una interesante paradoja. Periferia es toda aquella parte de la ciudad que carece de los “monumentos”, en sentido amplio, de “hitos”, de “historia”. Otros de los caracteres del *no-lugar* en la terminología de Augé. Esta identificación plantea, como vemos, varios problemas. El primero proviene de la noción de identidad, puesto que a medida que hacemos una inmersión en el barrio vemos que tienen sus historias, sus hitos, sus características. Son no-lugares, ¿para quién? ¿Para El Corte Inglés? ¿Para las políticas municipales? Los lugares ignorados, incluso los descampados están habitados, tienen su historia, como comprobamos en la historia de Clara, en *La ciudad en invierno*.

El segundo problema cuestiona la definición misma de no-lugar. Un no lugar impone sus relatos de identidad de tal forma que es imposible crear los propios, aunque sospechamos con José Antonio Cerrillo que siempre es posible la apropiación identitaria y vital de los lugares, de todos los lugares (Cerrillo Vidal, 2009). Concretamente, la definición de centro impone un relato, pero dota de identidad a la ciudad. Una identidad reconocible como turista y transeúnte, pero también como habitante.

²¹ *Ibid.*, “(Mi) Escritura y ciudad”, 20 de noviembre de 2010

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, “Háblenme de Tragacete”, 1 de abril de 2011

²⁴ *Ibid.*, “(Mi) Escritura y ciudad”, 20 de noviembre de 2010

Para escapar en todo caso de esta suerte de relatos prefabricados sobre el centro, Elvira Navarro muestra una predilección por los lugares menos transitados, por la periferia; predilección que también acaba en los personajes de sus novelas que son atraídos por el misterio de los territorios no recorridos por los turistas:

“Es extraño que al penetrar en el barrio viejo (...). A pesar de que no estoy realmente lejos de mi casa, el hecho de caminar por la zona prohibida me hace sentirme como si estuviera a miles de kilómetros. Avanzar una calle hacia dentro es como deslizarme de un continente a otro, y por ello, al principio, sólo me atrevo a dar vueltas alrededor de los lugares realmente peligrosos, hasta acabar decepcionada conmigo misma en la plaza de la catedral, que es zona turística, por la que se desemboca a través de un bulevar peatonal lleno de tiendas a los parques del antiguo cauce del río. No tiene ningún mérito llegar hasta aquí. Avergonzada, con mis ansias redobladas por la impotencia, me siento en las escaleras de la plaza y observo a los turistas, que entran todos por el gran bulevar” (Navarro, 2014: 134)²⁵

Por otro lado, cuando Augé (1998) estudiaba el turismo definía el viaje como re-conocer; reconocer aquello que ya sabemos que vamos a ver. Por el contrario, el barrio, la periferia, aun teniendo el riesgo de convertirse en tópicos, adquieren durante los paseos de Elvira Navarro en el blog, o de las protagonistas, Clara, Sara y Elvira, una personalidad afectiva, una emoción –que puede disparar incluso la locura–. La descripción de los paisajes por donde deambulan puede ser desoladora, de edificios sin personalidad, de ladrillo sin distinción, de descampados; sin embargo, difícilmente podrán ser considerados no-lugares. Un no-lugar es el lugar donde Clara y su amiga quedan con el desconocido, pero no el descampado donde sufre el ataque.

Sin embargo, y como veremos más adelante, los barrios también tienen su identidad definitoria, se convierten en lugares transitados, vividos, en sus propios centros.

La “ciudad como polis”: el espacio-tiempo social (tensores, plecktopoi, atractores extraños)

Como ya hemos advertido en la descripción urbana que la autora realiza en *La trabajadora*, la ciudad no sólo es urbanismo, no sólo ladrillo, también es fundamental la actividad de los habitantes, de los ciudadanos.

“Como un espacio donde hay un tejido ciudadano que permite una política. La ciudad-polis, ese lugar en el que los proyectos colectivos son posibles, es algo que surge a posteriori, cuando reflexiono sobre lo escrito y sobre mi fijación con determinados paisajes urbanos. (...) de alguna manera las periferias están también sobreinterpretadas: películas, series o libros sobre, por ejemplo, Harlem o Carabanchel, o, y puesto que sería ya muy discutible si Harlem o Carabanchel son periferia, el culebrón vespertino de Antena 3, cuyos protagonistas suelen vivir en ciudades dormitorio, o el cine social de la *banlieue* y de la chabola. No obstante, en esa sobreinterpretación el espacio ocupa un lugar muy secundario. En los libros y en las películas que transcurren en Nueva York o en París los narradores y la cámara dan buena cuenta de las calles; en cambio, en el culebrón de Antena 3 no salimos del chalet, ni de la chabola de la familia Montoya en el documental sobre poblados gitanos. Nada sabemos a propósito del espacio exterior, y desde luego es lógico que así sea, puesto que no hay tejido urbano, es decir, no hay espacio público, ciudad”²⁶

En los recorridos por la periferia se recogen también testimonios de esta conciencia urbana y cívica, política en sentido originario. En el antiguo parque de ingenieros se ha generado una polémica entre los planes del ayuntamiento y los movimientos vecinales, que proponen, entre otros, un huerto urbano destinado a terapia.

²⁵ Esta decepción conecta con las normativas que Guy Debord explicitaba para las derivas: “Los azares de la deriva son esencialmente diferentes de los del paseo, pero que se corre el riesgo de que los primeros atractivos psicogeográficos que se descubren fijen al sujeto o al grupo que deriva alrededor de nuevos ejes habituales, a los que todo les hace volver constantemente.” (Debord, 1999)

²⁶ Navarro, Elvira: *Periferia: “(Mi) Escritura y ciudad”*, 20 de noviembre de 2010.

En este barrio se observa que hay una cierta contradicción entre que el Ayuntamiento realice los planes y la voluntad real de participación. Existen foros de debate donde se discute el plan de SEPES, incluyendo blogs. Uno de los arquitectos del SEPES reflexiona sobre el asunto:

"Desde los años 70 existe la inercia de reivindicar que las antiguas zonas del Ejército se conviertan en parques, pues se tiene la idea de que un parque responde más a la idea de espacio público que unas viviendas (...) Sin embargo, ¿qué pasa cuando un barrio no tiene suelo para edificar, y los hijos de los parroquianos se ven obligados a irse a otros barrios? ¿No es eso una necesidad también pública?"²⁷

Como dirá una de las informantes, la arquitectura no hace ciudad, como se reflexiona en las viviendas de la UVA (Unidad Vecinal de Absorción) que tanto fascinaron a Le Corbusier²⁸. Sin embargo, sigue siendo el hogar de muchas personas que se instalaron allí con la idea de provisionalidad. A estas personas, y debido a la degradación de unas viviendas que no fueron concebidas para durar más de cinco años, se les lleva prometiéndoles un realojo desde 1994. Este problema de las viviendas ocupadas reaparece en las novelas y en el blog:

"Por otra parte, los gitanos y las familias desahuciadas llevaban décadas habitando casas vacías, y desde que habían llegado inmigrantes muchas viviendas de las afueras eran allanadas. Yo sabía historias de propiedades muertas coronando taludes al borde de las vías de los trenes o encajadas entre edificios nuevos, que por complicadas razones legales el Ayuntamiento no había logrado expropiar. Los herederos dejaban que las familias sin hogar vivieran en el inmueble a cambio de mantenerlo. Durante un tiempo me había aplicado en descubrir fenómenos similares, y rodeaba las calles en las que algunas de las añosas casas se mantenían con aparente lozanía, pero eso era todo lo que podía constatar" (Navarro, 2014:118)

Los movimientos sociales, especialmente los organizados puesto que son más visibles, ponen de manifiesto el carácter vivido de la ciudad. Un carácter que dota de sentido y configura la ciudad desde el punto de vista de los que la viven. Los movimientos migratorios dentro de los centros urbanos hacia la periferia, o los simples paseos que realizan los personajes distinguiendo una zona prohibida de lo aburrido de la ciudad de los turistas pueden ser calificados de verdaderos *tensores* topológicos, que agrupan y hacen tender las actividades urbanas hacia ciertos espacios, ignorando otros. Luis Castro Nogueira ha descrito con brillantez estos conceptos heredados de la topología matemática que metafóricamente pueden ilustrar con acierto las peculiaridades de la ciudad como pliegue del espacio-tiempo social. La cartografía cognitiva permite que el sujeto resuelva su identidad en lugares cargados con resonancias simbólicas. Luis Castro Nogueira define un pliegue en el espacio-tiempo social (*plectopos*), en una primera aproximación, como 1) Una suerte de "marcador de trayectorias virtuales y objetivas posibles desechando otras por invisibles o impensables"; 2) Una modalidad de "transcurrir el tiempo, ligado al espacio" recreando, congelándolo si es el caso y 3) que "remite a una experiencia personal y colectiva en el seno de una cultura", a las prácticas, al *hábitus* (Castro Nogueira, 1997: 30).

El concepto *atractor extraño* también proviene de la topología. Aparecen en funciones matemáticas que son muy sensibles a los pequeños cambios en las condiciones iniciales. Su representación gráfica es muy atractiva artísticamente. En principio funciones caóticas pueden tomar forma mediante la reiteración. Metafóricamente, podemos hablar de *atractores extraños* cuando observamos la conducta errática de Sara en *La ciudad feliz*, sin sentido, pero, sin embargo, puede verse cierto *dibujo*. Un secreto condiciona comportamientos ilógicos a primera vista: está buscando al vagabundo.

²⁷ Ibíd., "[Heridas abiertas. Sobre conejos, SEPES, el antiguo Parque de Ingenieros y la Asamblea de Villaverde / 15 M](#)", 31 de octubre de 2011

²⁸ Ibíd., "[La UVA de Hortaleza](#)", 27 de julio de 2013

La "ciudad como generadora de identidad": derivas y flâneurs

Además de estos dos elementos clave, la ciudad puede generar identidad o bien puede ser

“desintegradora, me obliga a retomar el tema del centro y la periferia para jugar con varias posibilidades; de la más obvia ya hemos hablado: centro como generador de identidad, donde el ciudadano ya está escrito, frente a la periferia, que lo disuelve; sin embargo, estas fronteras son móviles, como lo son los efectos que puedan tener sobre nosotros: en este sentido, tal vez resulte más determinante en lo que a generar una identidad fuerte se refiere un paisaje de edificios de protección oficial que la torre Eiffel. (...) Si la acción narrativa transcurriera en, por ejemplo, Talavera de la Reina o Tragacete, me aplicaría en nombrar con profusión, precisamente porque no son centros de nada, y por ello constituyen lo contrario de lo que cierto tipo de lector que a veces soy yo misma esperaría como escenario de una novela o un cuento.”²⁹

En el relato, *Madrid, con perdón*, Elvira Navarro se pregunta:

“¿Puede Madrid, con todo el feísmo indiferenciado, tenaz y desolador de buena parte de sus barrios, gustar a quienes necesitan de la imagen para procesar, una imagen no necesariamente bella (qué es lo bello), pero sí de líneas precisas y como sacadas de un recortable? ¿Y puede no gustar su machacón movimiento, su extenuante y eléctrica vibración, a un kinestésico? ¿Y hay en la capital demasiado ruido como para que un auditivo pueda diferenciar y recrearse con los sonidos, y no acabe odiando a todos esos maleducados españoles, más les valdría aprender de Suiza?”³⁰

La identidad de la ciudad comienza con el aspecto urbanístico

“Las primeras impresiones de una ciudad son imborrables. Entrando por la A-3, carretera que fue mi pista de aterrizaje en la urbe, se pasa por Vallecas, y de ese paisaje procede mi sensación ladrillista y monstruosa de Madrid, la impresión de que los edificios son apisonadoras y han sido levantados obsesivamente, cuidando de impregnar con el ladrillo los parques, los transeúntes y el aire”³¹

Sin embargo, como recalca Esther, arquitecta, “la arquitectura no genera ciudad”³²:

“El Ayuntamiento de Gallardón está apostando por una arquitectura de autor que no crea tejido urbano, es decir, espacios que posibiliten las relaciones, para lo cual se precisa construir a escala humana: calles pequeñas pensadas para el peatón, y no para los coches; edificios de cuatro o cinco alturas, plazas. Dice Esther que la definición de la ciudad está en cómo se resuelve la sección viaria (a saber, la proporción entre la calzada y la acera, que delimitan el espacio público, y el edificio, que es el espacio privado), y que cuando se alzan moles franqueadas por avenidas de dos carriles, con sus zonas de setos y sus garajes, lo único que se propicia es que lleguemos a casa en nuestro cochecito para dejarlo en nuestro parking y subir en el ascensor al hogar: primacía absoluta del espacio privado. Aquí no hay ciudad, sino urbanización.”³³

Pero no sólo son los grandes hitos, están las pequeñas cosas. En el Matadero, unos arqueólogos urbanos han montado una exposición a partir de los objetos encontrados en diferentes barrios:

²⁹ *Ibíd.*, “[\(Mi\) Escritura y ciudad](#)”, 20 de noviembre de 2010

³⁰ *Ibíd.*, “[Madrid, con perdón](#)”, pág. 1

³¹ *Ibíd.*- “[Vallecas](#)”, 31 de diciembre de 2010

³² *Ibíd.*, “[Inciso 5](#)”, 26 de junio de 2010

³³ *Ibíd.*

“Concluí que esas cosas recogidas en la calle evidenciaban el nivel sociocultural y económico de los barrios. Me fijé bien en los cachivaches de Malasaña y en los de Carabanchel. Son dos barrios que conozco. Más tarde pensé que, precisamente por conocer estos dos barrios, había visto lo que sabía de antemano. Mi conclusión era una patata.”³⁴

La identidad de los barrios incluye, por supuesto, la actividad económica que se establece, o se establecía en ellos. Por eso se pregunta en el barrio de Suanzes, “¿Por qué entonces mi énfasis en que es un lugar donde antes sólo se trabajaba, dando a entender que en la actualidad el trabajo ha sido expulsado de la identidad de estas calles? Pues porque es esa la impresión predominante para quien va de visita”³⁵. (Navarro, Próxima estación: periferia, 07/08/2015). Poner el acento en la identidad percibida como rasgo definitorio del centro como aquello que identifica a la ciudad plantea, por otra parte, algunos problemas puesto que lo que aparece es la constatación de una identidad propia también de los barrios. Según le comenta una amiga: “Para los de Leganés, la periferia no era Aluche, éramos nosotros”. La periferia, continúa Elvira Navarro, si fuera definida desde “desde las políticas culturales que se destinan a los barrios, concluiríamos que Madrid sólo tiene cuatro distritos (...). Es decir: el centro y poco más”³⁶. El barrio acaba por ser identificado con el distrito, que es la identidad administrativa, porque no existe otra:

“En Plaza de Castilla a la izquierda empieza el ladrillo y el barrio-barrio; periferia hecha ciudad de mala manera, como casi todos los barrios excéntricos. Hoy leo esto «El resultado son periferias sin identidad donde habitar sólo puede ser sinónimo de aislamiento»”³⁷

Una identidad que también va por barrios. La distancia comienza siendo uno de los rasgos definitorios de la periferia:

“En Madrid no cuenta sólo el concepto o el ambiente, sino también la lejanía. El que sea realmente un coñazo salir de tu barrio para ir al centro porque queda a tropocientos paradas de metro y siete mil transbordos”³⁸

Y cada uno de los barrios acaba por adquirir una identidad que define a sus habitantes y es perceptible al *flâneur*.

“Vallecas tiene historia o un algo que vibra en la calle. Leganés no parece tener historia ni nada que vibre en la calle, sino ser el epítome de algún tipo de catástrofe pequeña, cotidiana, imperceptible e indigna de ser contada”³⁹

“También cuenta con parte de lo que yo tenía asociado a Usera, ser el Chinatown de los barrios (el del centro está entre el Mercado de los Mostenses y Leganitos).”⁴⁰

El acercamiento a los barrios proviene en Elvira Navarro de los paseos, lo que nos acerca al concepto de deriva psicogeográfica y al de *flâneur* de Baudelaire en los *Pequeños poemas en prosa* (1948), que tanto fascinó a Walter Benjamin (1993). El *flâneur* pasea por pasear, mira y es visto, deambula sin rumbo y sin destino, sumergiéndose en el espacio urbano. Aunque nuestra autora rechaza el término de *flâneur* (*flâneuse*, en este caso), la protagonista de *La trabajadora*, como la autora misma, realizan paseos por la ciudad:

³⁴ *Ibíd.*, “[Barrios. Cosas](#)”, 25 de mayo de 2013

³⁵ Navarro, Elvira, “[Próxima parada: periferia. Suanzes. Las calles más insólitas de Madrid](#)”, *El Mundo*, 07 de agosto de 2015

³⁶ Navarro, Elvira: Periferia: “[Segundo día](#)”, 14 de marzo de 2010

³⁷ *Ibíd.*, “[Pérdidas](#)”, 5 de enero de 2013

³⁸ *Ibíd.*, “[Tetuán, Bellas Vistas, Dehesa de la Villa](#)”, 24 de marzo de 2012

³⁹ *Ibíd.*, “[Cuarto día](#)”, 3 de mayo de 2010

⁴⁰ *Ibíd.*, “[Me voy a Usera](#)”, 28 de septiembre de 2011

“Tengo a veces la impresión de que mi escritura es sinónima de flanear (palabra que, por cierto, detesto), y que las tramas que alzo son una excusa para justificar que mis personajes recorran ciertos espacios que suelen ir de una periferia urbanita a otra donde la ciudad se diluye. Estoy exagerando, sí, pero no mucho. Sinceramente, no sé qué es lo que me lleva a explorar los territorios inhóspitos; desde luego tiene que ver con lo desconocido y con la posibilidad y, en relación con esta última, y volviendo al concepto de polis, a ratos creo que la periferia, esa descomposición de lo habitable, nos representa mejor, pues somos ciudadanos fracasados. También pienso que poner a mis personajes a merodear por andurriales o por sitios que no se transitan (imagino que si tuviera que rodar una película en una urbanización mi protagonista caminaría absurdamente por el vecindario) es de alguna manera hacer habitable ese territorio, convertirlo en polis, aunque por supuesto todas estas interpretaciones son autocomplacientes, y lo más sensato es confesar que no sé exactamente por qué ciertos espacios disparan mi escritura.”⁴¹

El concepto de deriva urbana adquiere carta de naturaleza cuando Guy Debord lo utiliza en su texto *Teoría de la Deriva* de 1958, dentro de la Internacional Situacionista⁴².

“Entre los diversos procedimientos situacionistas, la deriva se presenta como una técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos. El concepto de deriva está ligado indisolublemente al reconocimiento de efectos de naturaleza psicogeográfica, y a la afirmación de un comportamiento lúdico-constructivo, lo que la opone en todos los aspectos a las nociones clásicas de viaje y de paseo.” (Debord, 1999)

Ambientes que se pretenden extraños para quien pasea. Se observan los espacios públicos, la ecología del paisaje, las tramas, calles, plazas, etc. y las prácticas. Al recorrer la ciudad aprehendemos su forma, es decir, la organización física de los elementos y su organización, su morfología; pero también aprehendemos los olores, los sonidos, las sensaciones. Es, pues, un acercamiento multidisciplinar.

Lo que se pretende es desterrar lo pre-supuesto, lo organizado, lo dado por el conocimiento académico. Es un acercamiento al fenómeno de la ciudad a partir de la renuncia a las motivaciones formales para desplazarse, dejándose llevar por los elementos del terreno y el azar. Recurrir al azar -o al capricho- es una manera de sumergirse en el fenómeno urbano olvidando en la manera de lo posible las ideas previas y los conocimientos académicos; en lugar de aplicar un modelo, sentir. Para que este sea un método de acercamiento válido, las derivas, sin embargo, tienen una metodología estricta, pretendidamente arbitraria, pero fuertemente establecida. Sin embargo, ¿puede la obligación de una investigación o un blog desvirtuar a una deriva?

El presupuesto epistémico se basa en utilizar nuestro cuerpo como herramienta fenomenológica a través de un recorrido indeterminado. Hay que dejar constancia de todo el proceso, pero los métodos pueden y deben ser variados, mapas sonoros, texto, imágenes, dibujos, fotografías:

“Mediante la deriva, pasamos de describir físicamente la ciudad a introducirnos en ella y sentirla (...). Sin embargo, las derivas no son únicamente una herramienta para autodescubrir o para intervenir en la ciudad; son también un buen método para construir una cartografía psicofísica. Los planos que ofrecen las oficinas de turismo poco tienen que ver con la imagen real del lugar” (Villa, 2013)

De nuevo comprobamos la identificación del turismo con la imagen prefabricada, con los discursos impuestos sobre la ciudad y el espacio urbano. Donde mejor pueden apreciarse estas derivas es en el blog *Periferia*, que es básicamente un blog de derivas. Sin embargo, tenemos algunas muy interesantes en sus novelas. Por ejemplo:

⁴¹ Ibíd., “(Mi) Escritura y ciudad”, 20 de noviembre de 2010

⁴² Especialmente recomendable es el número especial de la revista *URBS*: Pellicer Cardona, Isabel; Nubiola Orriols, Clara y de Lacour Jiménez, Rafael (eds.): “Número monográfico sobre Derivas” en *URBS, Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, Vol. 4, No 1. 2014 Disponible en <http://bit.ly/2xXT37Q>

“Jamás recordaba el orden de las vías, y tampoco me preocupaba de buscarlo. (...) Si me quedaba sin aliento me detenía, y entonces escudriñaba (siempre lugares abiertos, pues me pasaba el día anhelando una mayor amplitud; nunca sitios concurridos porque no me gustaba mostrarme en chándal, ni siquiera ante extraños); luego regresaba por las calles y avenidas distintas a las que me habían llevado hasta allí, lo que reforzaba la certeza sobre mi capacidad para orientarme. Rara vez podía decir con exactitud dónde me encontraba; en ocasiones la sensación de haberme perdido era absoluta. Las ondulaciones de las calles jugaban al despiste, y creía estar yéndome lejos, lo cual no impedía que siguiera. La inquietud me hacía prestar atención, ya aparecían portales, comercios, plazas que se me antojaban levemente conocidos (...). No me gustaba enchufarme el iPod; las canciones se convertían en una muralla de ruidos que me aislaba, y era como caminar en el interior de una cápsula a la que no llegaban sonidos fundamentales.” (Navarro, 2014: 74-75)

Elvira Navarro describe una deriva, aunque no utilice el término prácticamente en cada entrada del blog: “yo quería hablar de perderme en la ciudad en la que vivo. De perderme en Madrid”⁴³. Deambular “en plan *flâneur*, que es la manera pija de adentrarse en los sitios”⁴⁴.

Conclusiones

La escritura de Elvira Navarro nos describe una ciudad en mutación, una ciudad en crisis, escenario y a su vez protagonista, actante en las crisis de los personajes. Crisis traumática de Clara, crisis de madurez en Sara, crisis psicológica en Elvira. Los personajes no sólo se limitan a deambular por las calles, las describen y las habitan con su deambular. La crisis en una ciudad en crisis.

Así las novelas como el blog ilustran de una manera clara algunos conceptos teóricos. La lectura de estos textos nos sugiere que hay vida tras ellos, que se puede narrar una ciudad cuando intentamos territorializar los conflictos personales o los de clase. Elvira Navarro propone una sugestiva definición de periferia frente a centro. Lo que pone al descubierto es la fragilidad de algunos términos cuando son vividos. La identidad de una ciudad cuestiona los conceptos de lugar y de no-lugares.

Elisa, protagonista de *La trabajadora*, es quien mejor ejemplifica la dimensión emocional del espacio urbano, la ciudad como espacio-tiempo social. Ella evita ciertos lugares, practica otros, ya paseando o en autobús, asustándose de los del camión o sufriendo ataques de pánico. Como también advertimos en *La ciudad feliz*, resalta entre las formulaciones teóricas del espacio-tiempo social precisamente la simultaneidad de apropiaciones y significados de lo urbano. Para Chi-Huei el almacén y el barrio suponen unos significados distintos que para Sara. La aparición del vagabundo también otorga una carga emocional inapreciable para los padres de éstas... Son *tensores* y *atractores extraños* que dibujan la ciudad, que crean la realidad de la ciudad.

No es el aspecto urbanístico, no son los edificios los que configuran la ciudad vivida, como demuestran los mapas de Susana, es la apropiación personal, psicológica, percibida, in-corporada de cada paseante, de cada urbanita. Los mapas despliegan la curvatura haciendo la ciudad irreconocible. No es sólo que se pierdan los hitos, es que se descontextualizan, se desdibujan los paisajes, perdiendo toda capacidad de orientación.

A partir de la obra de Elvira Navarro hemos tenido la oportunidad de repensar una parte del vocabulario propio de los estudios urbanos. En primer lugar, por la coincidencia de métodos en el acercamiento al fenómeno de la ciudad. Así hemos visto derivas situacionistas, pliegues espacio-temporales, no-lugares y periferias. Pero, y es lo más importante, la escritura de Elvira Navarro nos ha permitido cuestionar

⁴³ Navarro, Elvira: *Periferia*: “Pérdidas”, 5 de enero de 2013

⁴⁴ *Ibíd.*, “4º Día”, 3 de mayo de 2010

precisamente alguno de esos conceptos, enriquecerlos y aplicarlos a las circunstancias personales e históricas de las protagonistas de sus narraciones que viven, sufren y deambulan por un tiempo y unos lugares que son los nuestros.

Bibliografía:

- Augé, Marc (1998^a): Los no-lugares. Lugares para el anonimato. Antropología de la sobremodernidad. Barcelona. Gedisa.
- Augé, Marc (1998^b): El viaje imposible: El turismo y sus imágenes. Barcelona. Gedisa.
- Baudelaire, Charles (1948): Pequeños poemas en prosa. Buenos Aires. Espasa-Calpe. (1^a edición, 1869)
- Benjamin, Walter (1993): "Sobre algunos temas en Baudelaire", en: Aguirre, Jesús (ed.), Benjamin, Walter. Poesía y capitalismo. Iluminaciones II, Madrid: Taurus. (1^a edición, 1939). También hay edición Electrónica de www.philosophia.cl Escuela de Filosofía Universidad ARCIS Disponible desde Internet en <http://bit.ly/2wYYK8a>. Con acceso el 25-1-2017
- Broncano, Fernando (2014): "Fragilidad del afecto" en El laberinto de la identidad. [blog]. Disponible en <http://bit.ly/2fguvQMI>. Con acceso el 25-1-2017
- Castro Nogueira, Luis (1997): La risa del espacio El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica. Madrid. Tecnos.
- Cebrián, Mercedes; Navarro, Elvira [et al.] (2012): Madrid, con perdón. Madrid. Caballo de Troya.
- Cerrillo Vidal, José Antonio: "Cine y experiencia urbana contemporánea" en Aposta: Revista de ciencias sociales, N^o. 43. 2009. Disponible en <http://bit.ly/2vSMp2r>. Con acceso el 25-1-2017
- Debord, Guy (1999): "Teoría de la deriva", Internationale Situationniste # 2. París. Traducción extraída de Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte. Madrid, Literatura Gris. (1^a edición, 1958)
- Fuentetaja (s/f): "Escribir la ciudad". Disponible en <http://bit.ly/2fh64mr>
- Jacobs, Jane (2011): Muerte y vida en las grandes ciudades. Madrid. Capitán Swing. (1^a edición 1961)
- Mora, Vicente Luis: "La construcción del realismo fuerte en algunos libros de narrativa hispánica actual" en Diario de lecturas. [blog], 2014. Disponible en <http://bit.ly/2wnoqYt>. Con acceso el 25-1-2017
- Navarro, Elvira (2008): La ciudad en invierno. Barcelona. DeBolsillo. (1^a edición, 2007)
- Navarro, Elvira (2009): La ciudad feliz. Madrid. Mondadori.
- Navarro, Elvira (2014): La trabajadora. Madrid. Random House.
- Navarro, Elvira (2010-2015): Periferia [blog] 2010-. Disponible en <http://bit.ly/2w52d6a> /. Con acceso 25-1-2017
- Navarro, Elvira (2015): Próxima estación: Periferia en El Mundo.
- Pagès Jordà, Vicenç (2009): Els jugadors de whist. Barcelona. Editorial Empúries.
- Pellicer Cardona, Isabel; Nubiola Orriols, Clara y de Lacour Jiménez, Rafael (eds.) (2014): "Número monográfico sobre Derivas" en URBS, Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales, Vol. 4, No 1. Disponible en <http://bit.ly/2xXT37Q>. Con acceso el 25-1-2017
- Tabarovsky, Damián (2014, 23 febrero): "Carta abierta" en Perfil.com. Disponible en <http://bit.ly/2eTVJMn>. Con acceso el 25-1-2017
- Tomas, Maximiliano (ed.) (2012): La ciudad contada: Buenos Aires en la mirada de la nueva narrativa hispanoamericana. Buenos Aires, Ministerio de Cultura de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Villa, Jennifer de Jesús (2013, 3 diciembre): “Derivas urbanas y construcción de psicogeografías” en Blog-sURBS. Disponible en <http://bit.ly/2wEAXGX>. Con acceso el 25-1-2017
<http://elviranavarro.com/obras/obras-colectivas/> Con acceso el 25-1-2017